

MONOLOGOS DE ESPAÑOLITOS



COMO PAGAR EN LOS BARES

MUCHOS españoles viven en la idea de que pagar en un bar es lo mismo en todo el mundo: error, profundo error, amigos. En Inglaterra, donde todavía persisten influencias victorianas, es obligatorio pagar contra entrega de la copa pedida, y antes de tocar lo que se dice una gota; además el bárman tiene prohibido por la ley dar crédito y el que no paga no bebe. Esto tiene por objeto, o, mejor dicho, tenía en la Inglaterra victoriana, impedir que las clases trabajadoras se entrampasen bebiendo y no les quedase dinero para mantener a sus familias. Ahí es nada, un niño depauperado es mal esclavo cuando llega a la edad

y la clase dirigente tenía que proteger sus intereses. Por esa misma razón los bares ingleses tienen prohibida la entrada a todo ser humano menor de dieciocho años; a servidor le prohibieron la entrada una vez porque llevaba consigo a una niña de cinco meses. Y también por eso abren y cierran coincidiendo con las horas de asueto de las clases trabajadoras, para que no puedan, aunque se les ocurra, emborracharse en horas de trabajo. «El trabajo es la maldición de las clases bebedoras», que dijo Oscar Wilde, quien, por confesión propia, tenía demasiada sangre en su circulación alcohólica.

En los bares neoyorquinos el camarero no le sirve a uno hasta que uno ha depositado un billete de diez o veinte dólares, si hay de éstos, que no recuerdo, sobre el mostrador. De esa forma él va deduciendo lo que se va bebiendo y dejando en el mostrador la vuelta. Terminado el billete se pone otro, y así sucesivamente. Esto no es ley, sino costumbre, y el bárman, si quiere, puede darle a uno crédito. Es precaución derivada, sin duda, del peligro constante de que el cliente caiga de un balazo de revólver a medio whisky y su cadáver sea precintado por la ley antes de que se pueda cobrar el camarero por sus propias manos.

En los bares rusos es imprescindible hacer cola para pagar, si no se hace cola pagar no tiene gracia. En los de divisas, sólo para extranjeros, se paga en una divisa y le dan a uno la vuelta en quince distintas, con lo que no hay Dios que sepa quién ganó, si el Estado proletario o el cliente. Yo recuerdo que acabé mi visita a Moscú con tal lío de yens, florines, dólares y chelines sólo comparable a la multitud de vodkas distintos que ingerí: todo el mapa soviético traducido a vodkas, que se dice pronto, pero se bebe sin pausa ni prisa, que decía Goethe. ■ **JESUS PARDO.**